

Creer que no se cree.

Gianni Vattimo publicó en 1996 un libro que llevaba por título “*Creer que se cree*”. En esta obra el filósofo italiano acariciaba “lo divino” con frases postmodernas.

Fernando Gil Vila, un sociólogo español de la universidad de Salamanca, también acaricia “lo divino”, o al menos lo divino de lo humano, en una obra que lleva por título “*Nihilistas. La ilusión de vivir sin ilusiones*”¹; pero que debería haberse titulado “*Creer que no se cree*”.

Este interesante trabajo sobre la ilusión, la decepción, la libertad y la nada contiene párrafos de especial belleza intelectual. Por ejemplo éste:

“Frente a la imagen del mundo como valle de lágrimas, el mundo bello de lo plural tolerado resalta la idea de la capacidad de amar más que la de odiar, la idea de una divinidad más generosa que vengativa”.

¿Qué mundo es ese? ¿De qué mundo nos está hablando Fernando Gil Villa? Pues al parecer se trata de una sociedad, la “nuestra”, que muestra ya signos de haber alcanzado la fase del nihilismo constructivo.

La historia sería más o menos así: la modernidad (esto es: el cientismo baconiano, el racionalismo, la ilustración, el positivismo, el ateísmo dogmático, etc.) estaría mostrando ya sus últimos estertores. Y no sólo la modernidad así entendida (no sólo esa gran ilusión compartida), sino también los nihilistas desencantados: los nihilistas destructores y resentidos –como Baudrillard (el gurú de Matrix)-. Estaríamos en un momento de la historia de Occidente (¿sólo Occidente?) especialmente prodigioso. Así lo dice, así nos entusiasma (nos ilusiona) este sociólogo:

“Utilizando la clásica metáfora del mundo social como teatro, lo que traen los nuevos tiempos es la posibilidad de que más actores que nunca puedan representar más papeles que nunca y siguiendo guiones más improvisados que nunca. Una mayor tolerancia y libertad reina en el teatro aunque su disfrute pleno exige cambiar la concepción de su vieja organización: los papeles deben ser vistos como medios que permiten desarrollar un número variado de facetas de la personalidad, más que como exclusivos refugios de identidades inmutables”.

Con párrafos así el autor nos va ofreciendo una refrescante soteriología. Primero nos describe el estado de cosas anterior a la salvación colectiva: esa pecaminosa –por represiva- modernidad cientista, dogmática, ilustrada (ilustrada en conceptos secos y desvitalizados) que muere en el siglo XX tras el anuncio hecho ya por Nietzsche en el XIX. Después reflexiona sobre la época de transición: el nihilismo (el “nadismo”, podríamos llamarle), pero el nihilismo de la decepción, del desencantamiento: un barranco de sueños rotos por el que se habría despeñado el Occidente entero. Y,

¹ Fernando Gil Vila: *Nihilistas. La ilusión de vivir sin ilusiones*, Maia Ediciones, Madrid, 2009.

finalmente, la salvación: el nihilismo positivo, cuya clave estaría, según Fernando Gil Villa, en no tener ilusiones. Ya no más. Habría que redimirse de la Historia concebida como concatenación de ilusiones/desilusiones individuales y colectivas. Por fin se habría encontrado el camino de la salvación (Esta vez sí). Un camino abierto gracias al amontonamiento de los cadáveres de todas las grandes ofertas de felicidad colectiva.

La clave estaría en vivir sin ilusiones, sin esperanzas; con los pies en la nada. En una nada que al final de esta obra, gracias a las ideas-ventana de Derrida, es ofrecida con cierto olor a espacio puro, a creatividad infinita; a magia:

“En la obra de Derrida hay pues un segundo momento, no destructivo sino creativo, en parte manifestado en su hipótesis gramatológica [...] Es cierto que rodea su propuesta de términos que le otorgan una apariencia esotérica sólo apta para iniciados. Pero este hecho no debe obcecarnos si hacemos caso de quien los inventa, pues para él no constituyen conceptos que condensen complejos y coherentes contenidos, articulados en una teoría; ni siquiera marcan estrategias complicadas. Más que un modelo se trata de un ejemplo. Un ejemplo sobre actitudes en una fase de nihilismo sin complejos, extrapolable a la vida misma. Se trata de que, muerto el autor –un corolario más de la muerte de Dios-, es decir, coherentemente con la desacralización de la ciencia y de la cultura, de la autoridad sacrosanta del logos, nos demos cuenta de que habitamos un enorme campo abierto donde la voluntad de poder puede desplegar las alas de la imaginación más liberada que nunca de dogmas y de prejuicios, en una región más allá del resentimiento. Se trata de un campo –el texto pero también la vida- infinito [...] como los márgenes del campo textual o los márgenes de la noche en una sociedad industrial diurna por diligente –véase la fábula de Drácula en el último capítulo.”

Drácula el vampiro. Para Fernando Gil Villa representaría un modelo de la moral del nihilista positivo: está liberado de la esperanza en un mañana feliz gracias al trauma y la decepción vividas con su Dios: vuela (porque es ultraligero) por la aldea global, siempre por la noche (espacio no tomado por la diligencia capitalista), sin ilusiones (es un desencantado, pero no lloriquea), con maneras y gustos aristocráticos (es un ser culto, refinado). En definitiva: la clave de su libertad, de su plenitud, de su supuesto atractivo, sería estar más allá de hechizo de las ilusiones. La metáfora del vampiro ofrece, según Fernando Gil Villa, un modelo de la moral nihilista no resentida. Drácula se ríe, disfruta; y lo hace porque sabe que no hay esperanza.

Drácula no leyó a Nietzsche. Que sepamos. No le hizo falta para ser nihilista, aunque, según Fernando Gil Villa, es este filósofo alemán el profeta de la nueva era. Pero yo creo que en algunos momentos de la obra que nos ocupa a Nietzsche se le está leyendo al revés. A mi modo de ver, el filósofo del martillo aspiraba a una nueva estirpe de hombres: los creadores. ¿Los creadores de qué? De hechizos, de nuevas *ilusiones*. Sin ilusiones no se puede vivir. Se puede ser (ser –o saberse ser- el Ser/la Nada), pero no se puede vivir. Vivir es otra cosa.

Esta perspectiva de la filosofía (y, quizás, hasta de “la teología”) nietzscheanas la ofrece Fernando Gil Villa gracias a una cita de Diego Sánchez Meca (que es una gran especialista en Nietzsche). Ésta es la cita:

“[...] somos nosotros quienes configuramos las cosas, y de tal modo que es perfectamente legítimo pensar, contra lo que se desprende de la universalidad a priori de las categorías kantianas, que podría existir aún una diversidad de maneras de producir un mundo fenoménico”.

Quizás este libro de Fernando Gil Villa quiere decirnos algo así como que *en* las ilusiones –dentro de ellas, anegado por ellas, finitizado en ellas- no se puede disfrutar de la vida; porque sólo en la libertad (en la nada) se puede gozar en plenitud de cualquier “ex-istencia”: de cualquier “estar ahí ante un sujeto”. Creo que lo crucial en este discurso sería no confundir entre estar *fuera* –libre- de las ilusiones y estar *sin* ilusiones.

Pero queda la terrible pregunta de siempre: ¿quiénes somos nosotros; esos que pueden o no alcanzar la beatitud del nihilismo positivo? En esta obra parece que nos agrandamos, nos recuperamos, en la nada: no siendo nada, no estando anegados en nada, para, desde ahí, ser capaces de crear cualquier teatro, cualquier personaje, cualquier guión: y disfrutar ahí dentro sabiendo que se es nada; la nada libre a la que quiere llevarnos la Mística.

Dijo Unamuno que creer es crear. Fernando Gil Villa, en esta obra, cree que, como nihilista, no está creyendo (que no está creando). Pero es todo lo contrario: cree (crea; con muchos otros intelectuales) un vitalísimo mundo de carnaval donde las máscaras se divierten. Se toleran. ¿Y se aman también? ¿Se puede amar una máscara? O, peor todavía, ¿se puede amar otra cosa que no sea una máscara?

“*Nihilistas. La ilusión de vivir sin ilusiones*” es una obra que ilusiona. Tiene fuerza suficiente como para que nos ilusionemos con ese nuevo mundo que se nos dice que está naciendo. Disfrutemos ahora de su olor: el olor de los universos recién estrenados.

Recién creídos.

David López
Sotosalbos, noviembre de 2009.